

V.



Todas las noches en el comedor, desde que Verónica levantaba los manteles, renacía igual conversación entre la señora Chanteau y Luisa, mientras Chanteau, absorto en la lectura de un periódico, contentábase con responder de cualquier modo á las raras preguntas de su mujer.

Durante los quince días que Lázaro creyó que Paulina estaba en grave peligro ni siquiera había bajado al comedor, y aun ahora, si bien se sentaba á la mesa, subíase con los postres en la mano cerca de la convaleciente.

Aprovechábase entonces la señora Chanteau para volver á comenzar su diaria letanía de quejas.

Primero se mostraba compasiva.

—¡Pobre muchacho!—decía.—Se está matando, y no es lícito arriesgar su salud de esa manera. ¡Hace tres semanas que no duerme! ¡Hoy está más pálido que ayer!

En seguida se manifestaba apesadumbrada por Paulina, porque la pobre niña había sufrido mucho, y se interrumpía para preguntar á su marido:

—¿Ha cuidado Verónica de tener preparada el agua de malvas para tí?

—Sí, mujer, sí—respondía él, sin apartar de su periódico la mirada.

Entonces bajaba la voz para dirigirse á Luisa.

—Es una desgracia que esta infeliz Paulina no nos haya traído la dicha.... ¡Y decir que muchas gentes la consideran como á nuestro ángel bueno! ¡Ah! Ya sé los rumores que propalan las comadres... en Caen, ¿no es verdad, Luisita? Pues se cuenta que ella nos ha enriquecido.... ¡Sí, enriquecido! Tú puedes ser franca, y ya ves que me burlo de las malas lenguas.

—¡Dios mío! Se habla de vos como de todo el mundo—murmuró Luisa.—En el mes último he de-

jado plantada á la mujer de un notario, que hablaba de ello sin conocer siquiera la primera palabra.... ¿Quién ha de impedir la murmuración de los desocupados?

Desde aquel momento, la señora Chanteau no tuvo duda alguna: sí, ¡ellos eran víctimas de su buen corazón! ¿Pero tenían necesidad de algún apoyo para vivir, antes de la llegada de Paulina? ¿Dónde estaría la muchacha, en cuál rincón asqueroso de las calles de París, si ellos no hubiesen consentido en recibirla?

Y además, con su dinero no habían tenido más que sufrimientos; ¡un dinero que traía la ruina de la casa!

Porque los hechos hablaban muy alto: sin aquel dinero, Lázaro no hubiese acometido la estúpida empresa de explotar las algas, ni perdido el tiempo en impedir que el mar se tragase á Bonneville....

¡Tanto peor para Paulina si ella había perdido en ambas cosas su dinero!.... ¡También Lázaro había dejado allí su salud y su porvenir!

Pero la señora Chanteau execraba ahora á Paulina por todo el dinero que debía á la muchacha.

—¿Qué he de decir de una testaruda de esa especie?— proseguía.— Que en el fondo es horriblemente

avara, y al mismo tiempo derrochadora sin igual: tirará al mar doce mil francos en favor de los pescadores de Bonneville, que se burlan de ella, y dará alimentos y limosnas á los muchachos andrajosos del país, es cierto; pero yo tiemblo ¡palabra de honor! cuando me hallo en el caso de pedirla veinte francos.... ¡Arregla eso!.... ¡Tiene corazón de roca, y aparenta que todo su dinero lo da al prójimo!

Verónica, que entraba á colocar la vajilla en el aparador, ó bien á llevar el té, escuchaba y se permitía intervenir de este modo:

—¿Que la señorita Paulina tiene corazón de roca? ¡Oh! ¿pero la señora puede decir eso?

Y entonces la señora, con una mirada severa, la imponía silencio, y al punto, de codos en la mesa, empezaba á echar cálculos complicados como si hablase con ella misma.

—Gracias á Dios, yo no tengo que guardar su dinero.... pero estoy con viva curiosidad de saber lo que le queda. ¡Ni siquiera setenta mil francos! ¡lo juraría!.... Echemos cuentas: tres mil para los ensayos de las estacadas, y doscientos al mes en limosnas, y noventa por su pensión.... ¡eso se derrite! ¡eso se acaba! ¿Quieres apostar, Luisita, á que se arruina? Sí, no tengas duda: ¡bien pronto la verás sin un

céntimo! ¿Y quién la querrá entonces? ¿qué hará para vivir?

Verónica exclamó de pronto, sin poder contenerse:

—Espero que la señora no la pondrá en la calle.

—¿Eh? ¿qué dices? ¿qué cantar es ese?— replicaba furiosamente la señora Chanteau.—Aquí no tratamos de poner á nadie en la calle, y nunca he puesto á nadie, ¿entiendes?..... Lo que digo es que cuando se hereda una fortuna es muy estúpido derrocharla y ser gravosa á los demás. ¡Vaya, echa á andar hacia la cocina, muchacha!

Y la muchacha se fué á la cocina, mascullando protestas en voz ronca.

Hubo silencio mientras Luisa sirvió el té, y sólo se oía el crujido del periódico en que Chanteau leía hasta los anuncios, aunque el pobre hombre se permitía en ocasiones dirigir algunas frases á Luisa.

—Vamos, añade un terroncito de azúcar..... ¿Has recibido carta de tu padre?

—¡Ah, sí! ¡nunca!—respondía ella riendo.—Pero ya sabéis, si os estorbo puedo marchar inmediatamente..... Demasiado veo que estáis agobiados con Paulina enferma, pero ¡si no me habéis dejado marchar cuando yo quería!

—No se trata de eso, niña..... Tú eres demasiado amable para no hacernos compañía, hasta que esa pobre niña pueda bajar por aquí.....

—¡Me refugio en Arromanches esperando á mi padre!—continuó ella, como si nada hubiese oído.—Precisamente mi tía Leonia ha alquilado un *chalet*, y hay allí mucha sociedad, y una playa en la que una se puede bañar á gusto..... ¡pero es tan fastidiosa mi tía Leonia!

Chanteau acababa por reír, sin atreverse á declarar ante su mujer que todo su corazón era para Paulina, quien le cuidaba cariñosamente; y refugióse en su periódico desde que la señora Chanteau, sumida en reflexiones, salía de ellas súbitamente, como de un sueño, exclamando:

—Además, hay otra cosa que no la perdono, y es que me haya quitado mi hijo. ¡Ni siquiera está á la mesa con nosotros un cuarto de hora!

—Naturalmente—hacía observar Luisa;—es menester que alguien cuide de la enferma.

Y la madre meneaba la cabeza, fruncía los labios y las palabras que no quería pronunciar salían de ellos en seguida.

—¡Positivamente! ¿pero no es muy feo que un muchacho soltero esté constantemente con una mucha-

cha enferma? ¡Ah! ¡yo no me muerdo la lengua! Ya he dicho lo que pienso, y tanto peor si luego ocurren disgustos....

Y al observar las miradas recelosas de Luisa, añadía:

—Porque no es bueno respirar á todas horas el aire de aquel cuarto. ... Ella podrá transmitirle por contagio su mal de garganta, porque esas jóvenes, que parecen robustas, suelen tener viciada la sangre.... ¿Quieres que lo diga de una vez? pues lo diré: yo no creo que esté sana

Luisa continuó defendiendo dulcemente á su amiga. ¡Era Paulina tan gentil! Y esta frase constituía el único argumento con que respondía á las acusaciones de mal corazón y mala salud....

Y todas las noches la conversación llegaba, después de haber pasado por tal granizada de habladurías, á este principio de frase, lentamente pronunciado por la señora Chanteau:

—No, Luisita; la mujer que conviene á mi hijo....

Y partiendo de ahí, declaraba que exigía una perfecta nuera, sin apartar de la muchacha su mirada, procurando hacerla comprender lo que no se atrevía á decir claramente.

Todo el retrato de Luisa aparecía bosquejado: una

persona bien educada, conocedora ya del mundo, más graciosa que bella, verdadera mujer, porque ella detestaba á las muchachas que se asemejaban á los hombres en sus brutales arranques bajo el pretexto de franqueza.

Y luego, al hablar del dinero, desfloraba la cuestión con una palabra: ella para nada contaba con el dote; y como su hijo tenía grandes proyectos, no era justo comprometerlo en un casamiento ruinoso.

—¿Entiendes, niña? Si Paulina no tuviera un céntimo, si hubiese caído en esta casa sin camisa que mudarse.... tal vez el casamiento sería un hecho cumplido hace algunos años. ¿Pero no quieres que tiemble al observar ahora cómo el dinero se derrite en sus manos? Ella irá lejos, ¿verdad? con sus setenta mil francos.... No, hija, no; mi Lázaro vale más que eso, y no le daré jamás á una loca que escatime el alimento y se arruine con tonterías.

—¡Oh! El dinero no se cuenta—decía Luisa bajando los ojos—y sin embargo, es necesario.

Sin que se hablase claramente de su dote, parecía que los doscientos mil francos estaban allí sobre la mesa, iluminados por el fulgor mortecino de la lámpara: por verlos, por sentirlos allí mismo estaba febril la señora Chanteau, y apartaba con desdeñoso

gesto los pobres setenta mil francos de la otra, soñando conquistar á la que tenía intacta una fortuna.

Y si la muchacha amase á su hijo, ¿por qué no casarlos inmediatamente?

El padre consentiría sin duda alguna, sobre todo en caso de mutuo cariño; y ella, la señora Chanteau, soplaba sin cesar para inspirar ese cariño.

—¡Es tan bueno mi Lázaro! ¡Nadie lo conoce bien! Tú misma, Luisita, no sabes lo afectuoso que es su corazón..... ¡Ah! ¿quién habría de compadecerse de su mujer? ¡Bien segura podría estar de ser amada!..... Y siempre tan arrogante..... Como mi abuelo, el caballero de la Vignière, que tenía el cutis tan fino y tan blanco que se descotaba como una dama en los bailes de máscaras de su tiempo.....

Luisa se ruborizaba y reía con esos detalles.

La corte que la madre le hacía por el hijo, aquellas confidencias de honesta medianera la habrían ocupado toda la noche, si Chanteau no hubiese concluido por cabecear sobre su periódico.

—Pero qué—murmuraba el goso balbuceando—¿no nos acostamos hoy?

Y en seguida, aparentando que no estaba en la conversación del momento, añadía:

—No es mala, no.... y yo estaré contento el día en que pueda bajar á comer á mi lado.

—Todos estaremos contentos—gritaba la señora Chanteau con acritud.—Se habla, se dice lo que se piensa; pero esto no impide que la amemos....

—¡Pobre querida mía!—declaraba Luisa.—Yo sufriría con gusto la mitad de su mal, si esto fuera posible..... ¡Es tan gentil, tan cariñosa!

Verónica, que entonces entraba con las palmatorias, la interrumpió así:

—Hacéis bien, señorita Luisa, en ser amiga suya..... porque sería menester tener una piedra en vez de corazón para maquinara algo malo contra ella.

—¿Eh? bueno, bueno..... ¿quién te pide parecer aquí?—replicaba la señora Chanteau.—¡Más valiera que limpiases mejor las palmatorias! Mira ésta qué sucia, ¿la ves?

Todos se levantaron, y Chanteau se encerró cuanto antes en su cuarto, huyendo de explicaciones tempestuosas.

Pero cuando las dos mujeres llegaban al primer piso, donde estaban sus dormitorios, uno enfrente del otro, la señora Chanteau invitaba á Luisa casi todas las noches para que entrase *un instante* en su cuarto, y allí volvía á hablar de Lázaro, mostraba

los retratos del joven y hasta los menores recuerdos de su infancia: un diente que se le había sacado en la niñez, un rizo de cabellos, un vestidito antiguo, el lazo blanco de su primera comunión.

—¡Toma! aquí tienes cabellos suyos — la dijo una noche; — pero no me dejes sin ellos, porque los tengo completos de todas las edades.

Y cuando Luisa, por último, lograba meterse en el lecho, apenas cerraba los ojos por obsesión de aquel hombre cuya madre le empujaba continuamente hacia sus brazos; agitábase por el insomnio, viéndole destacarse en las tinieblas con su tez blanca; prestaba algunas veces atención para oír si él paseaba en el piso de arriba, y la idea de que estaría velando á la convaleciente aumentaba su fiebre, hasta el punto de que le obligaba á rechazar las sábanas y quedaba dormida con la garganta desnuda.

Paulina, aunque fuera de peligro, estaba tan débil, tan extenuada por los accesos de fiebre, que el médico la observaba con asombro, porque los médicos (según le decía Lázaro) se asombran siempre.

Él estaba más nervioso é irritable en cada día.

Ya no luchaba contra la muerte, y sufría en aquel cuarto sin aire, por las cucharadas de medicina que

debía dar en hora fija, por todas las miserias que acompañan á las enfermedades....

¿Ella podía pasar sin él? pues con esta idea volvió á caer en el disgusto de su existencia inútil, y dejaba desfallecidas sus manos, cambiaba de sitio en cada instante, paseábase por el cuarto, dirigiendo miradas de desesperación á las cuatro paredes, parábase delante de la ventana sin ver ni mirar á nada.

— Lázaro — le dijo Paulina un día — ¿por qué no sales? Verónica bastaría aquí....

Él rehusó violentamente; ¿pero no le podía sufrir más tiempo, cuando le despedía? ¡Bueno fuera abandonarla antes de verla otra vez en pie!

Tranquilizóse, y ella le dijo con dulzura:

— No me abandonarás porque salgas un rato á tomar el aire.... Sal por la tarde.... ¡Pues estaríamos divertidos si tú cayeses enfermo!

Y cometió la torpeza de añadir:

— ¡Te veo bostezar todo el día!

— ¿Yo? ¿que yo bostezo? — gritó él. — ¡Pues no falta más sino que digas que no tengo corazón! En verdad que me recompensas lindamente....

Paulina fué más hábil en el día inmediato: aparentó vivo deseo de que se prosiguiese la obra de las presas y las empalizadas, porque las grandes mare-

jadas de invierno estaban próximas, y los primeros trabajos hechos serían barridos por las olas si no se completaba el sistema de defensa.

Pero Lázaro no tenía ya tanto entusiasmo por la presa y los malecones: mostrábase descontento con la ensambladura ensayada, siendo necesarios nuevos y meditados estudios; y por otra parte, después de mucha discusión, el Consejo general del departamento no había votado siquiera un sueldo de subvención.

Mas en breve se despertó su amor propio de inventor.

¿Había de consentir en ser derrotado por el mar, en presencia de todo el país, que se burlaba ya de él y de su invento?

Cuanto al dinero necesario no había que hablar, porque sería reintegrado en absoluto, si ella lo anticipaba, como estaba convenido.

Poco á poco Lázaro se apasionó de nuevo: rehizo sus planes, llamó al carpintero de Arromanches, con quien celebró largas conferencias en su cuarto, dejando entornada la puerta para acudir al primer llamamiento de la enferma.

—Ahora— declaró una mañana, abrazando á Paulina—el mar no nos romperá una pajueta..... ¡tan

seguro estoy de mi negocio! Cuando puedas andar, iremos á ver el estado de las obras.

Justamente Luisa había subido á ver á Paulina, y cuando la besaba, ésta dijo á su amiga al oído:

—¡Llévale!

Lázaro rehusó, porque esperaba al Doctor; pero Luisa reía, diciéndole que era demasiado galante para dejarla ir sola á casa de los Gonin, donde quería escoger unas langostas para enviarlas á Caen, y de paso podrían echar una ojeada á la presa.

—Véte, Lázaro, y me complacerás—dijo Paulina, y añadió:—Cógete á su brazo, Luisa..... ¡Así! ¡no le sueltes!

Ella se reía, y los otros dos se empujaban chaceándose; mas cuando éstos salieron, Paulina se inclinó hacia el borde del lecho para escuchar sus pasos y sus risas, que se perdían en la escalera.

Un cuarto de hora más tarde se presentó el Doctor, con Verónica, y ésta se instaló desde entonces á la cabecera del lecho de Paulina, sin abandonar sus cacerolas, subiendo y bajando cada cinco minutos.

Lázaro regresó por la noche, y salió de nuevo al día siguiente, y en los días sucesivos.... y seducido por la vida exterior, abreviaba sus visitas al cuarto

de la enferma, no permaneciendo en él sino el tiempo necesario para adquirir noticias.

Mas Paulina misma le despedía, si él manifestaba deseos de sentarse, y cuando volvía con Luisa, aquélla les invitaba á describir su paseo, y gozaba al parecer con su animación, con su alegría, con el aspecto que había dado á sus cabellos el soplo de la brisa marina.

Ambos parecían tan buenos camaradas, que ella no tenía la más ligera sospecha, y desde que llegaba la buena Verónica, poción en mano, les decía alegremente:

—¡Idos, idos, que me estorbáis!

Algunas veces también llamaba á Luisa para recomendarla á Lázaro, como si éste fuese un niño.

—Procura que no se fastidie, porque tiene verdadera necesidad de distracción..... Y dad un buen paseo y una buena carrera, que no quiero volver á veros hoy.....

Pero cuando estaba sola, sus miradas fijas les seguían en lontananza.....

Pasaba los días en leer, esperando la vuelta de sus perdidas fuerzas, y tan abatida todavía que dos ó tres horas en un sillón la aniquilaban.

A menudo dejaba caer el libro en sus rodillas, y

pensaba en seguir con la vaguedad de un ensueño á su primo y á su amiga: ¿habrán llegado ya á la playa? ¿estarán cerca de las grutas? ¿pisarán la fresca arena en la hora de la marea?

Y creía, sin embargo, que tales visiones sólo podía atribuir las al pesar de no haberlos acompañado.....

La lectura, además, la enojaba; aquellas novelas, aquellas historias de amor con traiciones poetizadas, sublevaban siempre su rectitud..... ¿Pero era posible que se engañase al propio corazón? ¿era posible que se dejase de amar, después de haber amado mucho algún día?

Y ella rechazaba el libro..... y con vagas miradas creía ver allá abajo, en las afueras del pueblo, á su primo y á su amiga, apretados el uno contra el otro, cuchicheando con alegres risas.

—Vuestra poción, señorita — decía bruscamente Verónica, lanzando su fuerte voz que la despertaba sobresaltada.

Al cabo de una semana, Lázaro no entraba en aquella estancia sin llamar en la puerta, y una mañana, apercibiendo á Paulina que estaba sentada en el lecho, peinándose, con los brazos desnudos, exclamó:

—¡Oh, perdón!

Y vivamente se retiró hacia atrás.

—¿Pues qué pasa? —preguntó ella;—¿te doy miedo?

Entonces se decidió á entrar, pero volviendo la cabeza, por temor de molestarla mientras Paulina se recogía la cabellera.

—Toma, dame un camisolín —añadió tranquilamente la muchacha.— Ahí, en la cómoda, primer cajón.... Como ya estoy mejor, vuelvo á ser coqueta, ¿entiendes?

Pero él se turbaba, no encontrando sino camisas; y cuando por fin tropezaron sus manos trémulas con un camisolín, arrojósele, y esperó delante de la ventana á que Paulina se le hubiese abotonado hasta la barba.

Quince días antes, cuando la niña estaba en la agonía, el mismo hombre la levantaba en sus brazos como á un niño, sin ver siquiera su desnudez; pero al presente hasta le hacía daño el desorden que reinaba en el cuarto.

Y ella, fastidiada también por aquel pudor de su primo, llegó bien pronto á no demandarle servicios íntimos que ántes la prestaba de buen grado.

—¡Verónica, cierra la puerta! —gritó una mañana

al sentir que el joven andaba por el pasillo.—Arregla todo eso, y dame pronto un pañuelo para cubrirme la garganta.....

Poco á poco fué mejorando, y su mayor placer cuando pudo tenerse de pie y apoyar sus codos en la ventana, consistía en seguir desde lejos la construcción de la presa; oíanse claramente los martillazos y veíase á una cuadrilla de siete ú ocho hombres, que parecían grandes hormigas agitándose por encima de los peñascos de la playa.

Entre dos marejadas, atropellábanse por el trabajo; mas luego tenían que retroceder, empujados por la ola que subía.

Mas Paulina se interesaba especialmente por el traje blanco de Lázaro y el vestido color de rosa de Luisa, que brillaban con el sol; seguialos atenta, hubiera podido referirles después el empleo del día, hasta con sus menores gestos, ahora que los trabajos recibían impulso vigoroso y ellos no podían apartarse de allí para ir á las grutas, detrás de los acantalidos.

Tenialos allí, allí mismo, á un kilómetro de distancia, bajo el cielo inmenso, y en la alegría de su convalecencia entraba por mucho, sin que ella misma lo sospechara, el celoso deleite de estar con ellos de aquel modo.

—¡Bah! ¿eso os distrae, ver trabajar á esos hombres?—decía Verónica mientras limpiaba el cuarto.— ¡Mejor es que leer y leer! A mí los libros me romperían la cabeza..... Y cuando hay necesidad de reha-cer la sangre, ya veis, nada mejor que abrir el pico al sol, como los pavitontos, para beber en él la vida

No era charlatana por costumbre, sino muy soca-rrona; pero con Paulina hablaba por los codos, cre-yendo hacerla un bien.

—¡Malhaya con ese trabajo! Pero, en fin, si le agrada al señor Lázaro..... Porque está orgulloso con su presa, y se obstina en enterrar en ella su fas-tidio..... Hace bien, pues si deja un minuto á esos borrachos obreros, serían capaces de plantar los pi-lotes al través.....

Y después de dar unas escobadas bajo la cama de Paulina, continuó:

—Cuanto á la Duquesa.....

Paulina, que escuchaba algo distraída, extrañóse de oír tal palabra.

—¡Cómo! ¿La Duquesa?

—¡Pues la señorita Luisa! ¿quién no dice que ha salido del muslo de Júpiter? ¡Si vieseis los frascos y botes de vinagrillos y pomadas que tiene en su

cuarto! Desde que allí se entra, todo ello se agarra á la garganta con sus perfumes..... ¡Pero no es más linda que vos!

—¡Oh! yo no soy sino una pobre muchacha—res-pondió la joven sonriendo—y Luisa es muy gra-ciosa.

—¡Puede ser! ¡Pero si no tiene carnes! ¡Bien veo cuando se desnuda y lava! Si yo fuese hombre, no vacilaría un momento.....

Y como arrebatada por su convicción, se puso de codos en la ventana al lado de Paulina, y continuó:

—¡Miradla en la arena! ¡Cualquiera diría que es un verdadero cangrejo! Cierto que está lejos, y desde aquí no puede parecer tan alta y gorda como una torre; pero, en fin, es preciso parecer alguna cosa..... ¡Ah! ¡mirad al Sr. Lázaro cómo la levanta para que no se moje las botinas! ¡No, por Dios, no lleva mucha carne en sus brazos!..... Verdad es que hay hombres capaces de amar esqueletos.....

Verónica se interrumpía, sintiendo un estremeci-miento de Paulina.

Pero en seguida volvía al mismo asunto, aguijo-nejada por la comezón de decir más todavía: todo lo que ella escuchaba, todo lo que observaba en la casa, quedábasela atravesado en la garganta, y la